

PRÓLOGO

No ha mucho tiempo que procuraba yo expresar, á propósito de un libro de versos, la sensación que produce en la mayoría de nosotros la comunicación espiritual con un temperamento lírico suficientemente dotado de vida y fuerza interior para limitarse á buscar sus inspiraciones en ellas, sin abrirse á la repercusión de lo exterior y colectivo.

Aquellos, decía yo, que tenemos dispersa entre las cosas del mundo una buena parte del alma, y no podemos acariciar por mucho tiempo las dulces sensaciones de la concentración sin que nos inquieten y sacudan los hilos espirituales que nos vinculan á esas cosas de afuera, envidiamos aquel privilegio y admiramos aquella facultad del poeta íntimo.

Honda y delicada vol ptuosidad (agregaba) debe de ser la de vivir perpetuamente sumergido en esas aguas serenas, y llegar á hacer así del propio corazón un alga rara, que, siendo cosa viva, parece flor de artificio ó extraño adorno compuesto de sutiles encajes!—Los demás sólo disfrutamos por excepción dichosa, tal cual vez, á la manera de regalado convite ó paseo encantador, los halagos de esa absorción escogida; pero en el poeta íntimo ella nos parece única y constante.

Tengo ahora ante mí los originales de un nuevo libro de poesía, casi exclusivamente personal, «concentrada», *dulcemente egoísta*, y aquella impresión se reproduce, y se reproduce más intensa, porque me sorprende sumergido del todo en un gran clamoreo de voces exteriores, que acalla el rumor de las profundas y sumisas que cada uno lleva—como la música de que hablaba Porcia—dentro de sí.

Libro de intimidad; poesía de recogimiento y confidencia.—No sé si habrá quien aconseje al autor que atienda á lo que pasa en torno suyo; que confunda su personalidad de poeta

con la personalidad colectiva de su pueblo, ó con la de una comunión ideal á la que muevan hondos intereses humanos. Tal hubiera hecho buena parte de la crítica en un tiempo. Pero no lo haré yo, que, en presencia de un temperamento ú obra de poeta, nunca me he sentido inclinado sino á apreciarlos en sí mismos, tal cual la naturaleza desempeña en ellos su ley. —Siendo el instinto poético una *vocación*, en rigurosa etimología, esto es: un «llamado», el poeta sabe bien de dónde procede para él la misteriosa voz y cuál es la dirección que ha de tomar para acudir á ella, sin que los rumbos que le indiquemos nosotros puedan darle más fija y feliz orientación. Nuestro deber de críticos es limitarnos á juzgar la obra realizada, en el campo á donde el poeta nos lleva.

Y adviértase que es, quizá, éste de las intimidades el único campo que la poesía podrá reivindicar eternamente como *suyo*. Si yo creo en la perennidad de la forma métrica es porque no concibo cómo sería posible eliminarla de la expresión del sentimiento individual, en lo que ésta tiene de puramente lírico y no adherido

accesoriamente á la descripción ó el relato. Imaginemos que la querella de la prosa y el verso haya de resolverse definitivamente de la manera como ella está resuelta con relación á las actuales condiciones de oportunidad literaria, y que persiste para siempre la superioridad actual de la primera como instrumento de la narración, del diálogo dramático y de la imitación descriptiva. Concedamos aún que, por lo que toca á la expresión entonada de los grandes afectos colectivos, quepan, sin inferioridad, dentro de la elocuencia de la prosa, el himno, la imprecación, el credo de fé, el ditirambo, y el *pean* de victoria. Pero, aun cuando lo porvenir haya de ser eso, la forma poética conservará el imperio inmutable de las confesiones del sentimiento individual, cuyo interés perecerá, fatalmente, desvanecido en trivialidad y sinsustancia, cuantas veces intente privársele del *quid ineffabile* del ritmo. de la misteriosa virtud que el ritmo pone en los ápices de la expresión, como hay vagos y delicados aromas cuyo encanto se disiparía si se les desvinculase del tejido tenue y transparente de las flores de que se exhalan.

Por otra parte, hay veces en que, á pesar de buscar su poesía dentro de sí mismo, el poeta íntimo llega á ser el más universal — casi diría el más impersonal — de todos los poetas. Sucede esto siempre que las emociones, los afectos, los estados de alma, que en sus versos encuentran expresión, no son los excepcionales de una naturaleza poética caracterizada por extraña y anómala, ni presentan muy acentuada la *nuance* individual que cada humano corazón imprime al sentimiento. — Entonces, dentro de los vagos contornos con que el poeta dibuja la imagen de su vida interior, á todos nos parece ver algo de la propia; reconocemos allí nuestras sensaciones actuales, ó aquellas de que sabemos por el recuerdo, ó por lo menos nuestras sensaciones virtuales y posibles; y es así como la elegía de Musset, ó el *liéder* heiniiano, constituyen una poesía más *de todos*, más *impersonal*, más cercana á la universalidad que un día tuvieron las epopeyas y los cantos de gesta, que el himno sagrado de Manzoni ó la imprecación política de Barbier.

Íntima de esa manera; íntima y general á la

vez, por la índole de los sentimientos que expresa, es la poesía de este hermoso libro. Las emociones, las tristezas, los sueños que se dicen en él, son de aquellos que están en la trama misma de nuestra sensibilidad y que aparecen á nuestra mirada apenas la hundimos en la profundidad azul que tenemos dentro. Este género de poesía transparente, como el fondo de su corriente límpida, la identidad fundamental de nuestras almas. En cambio, aquel (no menos legítimo, sin duda) en que el relieve de la fisonomía individual alcanza á la singularidad y la excepción, hace sensible la idea de la complejidad infinita de que es capaz nuestra naturaleza á pesar de esa fundamental identidad. Pertenece á este último género la mayor intensidad de dominio sobre cierto número de almas, distintas para cada poeta, y que éste agrupa á su alrededor por afinidad electiva; pero el dominio más extenso es del primero. Cada uno siente y admira en la proporción en que es capaz de identificarse con el objeto de su admiración. El sentimiento justo y eficaz, como la plena inteligencia crítica, de una obra, sólo se

dan á condición de desprenderse provisionalmente, el lector ó el crítico, de una parte de su propia personalidad, para embeberse en la del poeta.—En presencia de una naturaleza moral hondamente distinta de la suya, esa mutación relativa de personalidad exige de ellos un esfuerzo, una tensión de simpatía, que no siempre logra ponerlos al unísono de aquella alma discordante. Pero cuando lo que el poeta se propone es desentrañar del «sentimiento de todos» el interés y la virtud comunicativa que le convierte en sustancia poetizable, tal modificación personal no es casi necesaria, ó bien es casi insensible. El poeta, entonces, reina sin opresión sobre sus súbditos.

Frugoni interpreta con intensa verdad aquel sentimiento, y lo interpreta en sus manifestaciones más hermosas y delicadas. Tonos suaves y de crepúsculo son los de su lírica. La unidad sentimental de esta colección de versos está en un vago dejo melancólico. Sabido es que el dolor es un voluptuoso *dilettantismo* de la adolescencia. Sabido es también que á la sugestión de las tristezas reales, como impulso generador

de poesía, se une entonces algo de ese hechizo de misterio y leyenda que tienen, para el alma sedienta de aventuras, los países raros, desconocidos y remotos. — No hay mucha sombra en la expresión de sus tristezas. Diríase que entre el sentimiento y la expresión, deja pasar — siguiendo un consejo magistral — el tiempo necesario para contemplar en la perspectiva del alma, con mirada serena, la elegancia de las tristezas apacibles ó de las emociones de amor, ó el desfilir de los sueños, como nubes, ó un vuelo de recuerdos, como aves de paso que rozan el horizonte indeciso. — Pero hay veces en que la intensidad del sentimiento llega á la nota de la tristeza apasionada, como sucede en las composiciones que llevan por títulos *Mitortura* y *Tus rigores*.

Dominada, casi exclusivamente, la atención del poeta por el interés de lo que pasa en su escenario íntimo, poco es lo que le preocupa el escenario de la Naturaleza. Sus rasgos descriptivos son, sin embargo, verdaderos y hermosos; pero ellos están subordinados constantemente, como elemento accidental, al personalismo lírico, y no sólo reflejan la Naturaleza al través

de un estado de alma determinado, sino que señalan ese modo, aún más estricto, de subordinación, en que la Naturaleza aparece participando ella misma de los afectos del espíritu que la contempla. Así en *La Chozá*, *Primaveral*, *El regreso* y *Llanto de rosas*.

Todo lo que se refiere á la ejecución manifiesta en este poeta nuevo un sentido muy fino de lo plástico y musical de su arte.—Sabe escoger en el vocabulario poético, y rige con pulso firme y seguro el movimiento de la estrofa. Esculpe el endecasílabo del serventesio ó de la silva con clásica limpieza; y el romance se desata, al impulso de su mano, con la desenvuelta gallardía que hace pensar en los escarceos y arrogancias de un corcel de torneo.—Para apreciar, á la vez, la delicadeza de sentimiento y de expresión, y la destreza en el gobierno del verso, que es justo reconocer á Frugoni, nada me parece más conducente que la lectura de composiciones como *Súplica*, *Tus pupilas*, *Resurrección*, *Fénix*, *Tus ojos*, ó aquella que ocupa el segundo lugar en los *Aletazos* y á la que el autor no ha puesto nombre.—Menos me agrada

cuando vuelve á los metros y al estilo románticos, como en sus esproncedianas *Siempre vivas*.

Si se me preguntase cuál es, de las composiciones de Frugoni, la que me parece mejor, y más característica de las buenas cualidades de su estilo poético, quizá optaría por la *Súplica*. Hay aquí sentimiento intenso y acendrado, belleza de expresión; y el movimiento rítmico dá á un mismo tiempo una sensación de gracia y de fuerza. La sensación de palpar el mármol firme y pulido, ó de ver cimbrarse en el aire la espada del brazo vencedor.

En ésta y algunas otras de sus composiciones, es fácil reconocer el paso de suaves vientos de Italia. Me parece laudable y digna de ser estimulada esta influencia, que es nueva en nuestro ambiente. Á pesar de las similitudes de prosodia y de métrica entre ambas lenguas (lo que importa muchísimo tratándose de cosa tan subordinada como la expresión poética á los caracteres de la forma); á pesar del paralelismo tradicional en el desenvolvimiento de la poesía de ambas, desde que al sol del renacimiento tendieron, como dos velas amigas, su

vuelo; y á pesar también de la proporción considerable con que contribuyen el espíritu y la sangre de aquel pueblo glorioso á la formación del bronce de nuestra raza futura, sólo como notas excepcionales y pérdidas pueden señalarse las influencias de la poesía italiana en la de los poetas de la América de habla española.

Verdad de sentimiento; elegancia y delicadeza de expresión; manejo hábil y espontáneo del ritmo: tales son las condiciones que singularizan y realzan el talento de este nuevo poeta, que es, en ese y otros conceptos, uno de los espíritus mejor dotados de su generación. Si, como el paladín de la leyenda, hubiera él de poner en la mesa del hada propicia su homenaje, que debía ser también un símbolo de lo que el alma del ofrendador llevaba dentro, pondría, no piedras ricas, tributo de la vanidad, ni flores, don efímero. sino, como el paladín, estas ofrendas, cuanto más sencillas más hermosas: un vaso del agua intacta de un torrente y una hoja límpida y flexible de acero.

JOSÉ ENRIQUE RODÓ.